

Los Movimientos Sociales en Horizonte Teórico

Social Movements in Theoretical Horizon

Tito Tricot¹

El presente artículo busca describir y analizar críticamente diversas teorías de los movimientos sociales. Además, plantea los principales conceptos de una posible Epistemología del Sur para, finalmente, intentar relacionar a esta última con los Nuevos Movimientos Sociales en Nuestra América.

Palabras claves: teorías de los movimientos sociales; epistemología del sur, nuevos movimientos sociales, nuestra América

The present article seeks to describe and analyze, from a critical viewpoint, different Social Movements' Theories. Also, it considers the main concepts of what it could be called an Epistemology of the South. Finally, the article attempts to relate the latter with the New Social Movements in Our America.

Keywords: social movements' theories; epistemology of the south, new social movements, our America

Recepción del artículo: 14.06.2012 - Aprobación del artículo: 13.07.2012

¹ Doctor en Sociología. Académico de Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Viña del Mar. Correo electrónico: luis.tricot@uvm.cl

La Acción Colectiva Como Movimiento Social

La teluridad de los movimientos sociales dependerá de manera importante de las placas tectónicas de la conciencia de sus miembros, tanto en su calidad de individuos como en su condición de colectivo. Es el desplazamiento de dichas placas lo que generará el movimiento del movimiento, y este proceso –que puede contener luengos periodos de latencia antes de producir un tipo de sismicidad perceptible– podrá estar relacionado con modificaciones contextuales, así como también, de manera significativa, en los cambios producidos al interior del movimiento en cuanto a su particular análisis de la realidad.

La acción colectiva puede adoptar distintas formas, una de ellas es la expresión movimental, la cual conlleva elementos contestatarios dimanados de una situación de agravio que no se ha resuelto mediante el conjunto de instituciones que, supuestamente, canalizan las demandas sociales. Pero, además, es la propia reflexividad del movimiento la que agencia e impulsa las movilizaciones; el análisis se transforma en discurso, el discurso en organización y la organización en acción. Es decir, se trata de un conjunto de estructuras de movilización y entramados conceptuales que se articulan para materializarse en un movimiento social, con características generales y particulares que, además de su rol en la sociedad, constituyen un complejo objeto de estudio. Por lo tanto, no debe sorprender que no se haya llegado a un concepto unívoco de lo que constituye un movimiento, acaso debido a lo enrevesado de sus manifestaciones y de los elementos componentes del fenómeno.

Por lo mismo, en términos generales, la acción colectiva y las movilizaciones sociales se han analizado desde diversas perspectivas teóricas². Una lectura marxista ortodoxa podría considerar que la acción colectiva estaba, de alguna manera, inserta en las estructuras sociales y, además que ésta poseería un carácter de clase, es decir, estaría objetivamente predeterminada, aunque la adquisición de conciencia sería vital y necesaria para una eventual acción. Marx no se refiere a este tipo particular de acción colectiva como movimiento social, sino que estaría más bien incorporada en el concepto de lucha de clases. En este marco general, la clase obrera constituiría el sujeto histórico y el agente resolutor de la contradicción sistémica principal –capital-trabajo– contradicción que, posteriormente, sería criticada desde la propia tradición marxista al

² Para un pormenorizado análisis de las distintas teorías de la acción colectiva, ver, por ejemplo, Iglesias, 2007; Ibarra, 2005; Pérez Ledesma, 1994; Tilly, 2002; Santamarina, 2008.

identificarse, en un mundo crecientemente complejo y diferenciado, otras contradicciones y, posiblemente, otros sujetos históricos por constituirse en un contexto de nuevas formas de subordinación y expresiones de ciudadanía que trascenderían las contradicción capital-trabajo para desplegarse en un horizonte más amplio. Por lo mismo;

no se puede pensar en “otra democracia” sin también pensar en “otros sujetos”, distintos al individuo abstracto del liberalismo cuya productividad política se agotó hace rato. Pregunta tanto más complicada cuando se recuerda que la centralidad excluyente que Marx le había asignado al proletariado industrial exige, luego de siglo y medio de incesantes transformaciones del capitalismo, un radical replanteamiento de la cuestión. (Borón, 2006: 294).

Sin embargo, es posible argumentar, Marx también señaló en Las Tesis de Feuebarch que “los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo”(Marx, 1980:7) lo cual implica que el factor subjetivo, es decir la práctica humana objetivada en organización y sintetizada en conciencia parece contradecir las críticas atribuidas a Marx por su supuesto determinismo económico que convierte a todas las esferas sociales –ideológicas, culturales, políticas– en meros epifenómenos de una infraestructura omnisciente. Pero, no cabe duda que Marx es contradictorio al respecto y que las mencionadas críticas poseen un sustento teórico dimanado del mismo Marx, aunque Engels intentara minimizar la dimensión determinista, aduciendo la necesidad de establecer claridad teórica al enfatizar los elementos económicos por sobre otros componentes societales. Aun así, Marx explícitamente sostiene que;

en la producción social de su vida, los hombres entran en determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a un determinado grado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. Estas relaciones de producción en su conjunto constituyen la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se erige la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. (Marx, 1989:7-8).

En otras palabras, “el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, político y espiritual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia (Ibidem.:8). Si aplicamos este tipo de teorización al análisis de los movimientos sociales, deberíamos colegir que

su acción carece de reflexividad y, por ende, se verían imposibilitados en su examen de la realidad y su eventual accionar. Serían, de alguna manera, sujetos con una limitada subjetividad ante la determinación estructural y, por lo mismo, cercenados en su intencionalidad de elaborar una identidad colectiva.

Sea como fuere, la teoría del comportamiento colectivo, aunque no especialmente relacionada con la política y entendida como una confluencia de acciones irracionales en espacio y tiempo y no inserta en un proceso de constitución o expresión de identidad colectiva, fue posteriormente reformulada a objeto de intentar trascender el componente de irracionalidad e incluir los determinantes sociales de la protesta (Laraña & Gusfield, 1994; Smelser, 1995). En este sentido, se planteaba que el comportamiento colectivo es una “movilización no institucionalizada para la acción, a fin de modificar una o más clases de tensión basadas en una reconstrucción generalizada de un componente de la acción” (Smelser, 1989; citado en Mancero & Polo, 2010: 162). Asimismo, se intentaba una aproximación al tema a través de la idea general de la privación relativa (Gurr, 1970) que se derivaría de la diferencia entre expectativas y la realización concreta de dichas expectativas. Lo cual, a su vez, generaría la acción colectiva violenta. Algo similar habían planteado otros autores, en base al marco general de la matriz frustración-agresión (Dollard, Miller, Doob, Mowrer & Sears, 1939) o la curva J (Davies, 1962) que trataba de sintetizar y representar el proceso aquel cuando se verificaría una violenta detención de los beneficios que hasta ese momento disfrutaba un segmento social determinado. El ascenso continuado y progresivo de las expectativas y aspiraciones y su brusca interrupción explicaría el surgimiento de la violencia.

Otras teorías trascendían los enfoques psicológicos para situar el problema en el ámbito de la díada costo-beneficio y de la elección racional a nivel individual (Olson, 1965) lo cual, específicamente, inspiraría el surgimiento y difusión de la Teoría de la Movilización de Recursos (McAdam, McCarthy & Zald, 1999), que trataba de incluir la lógica de la racionalidad, propia del ámbito empresarial, al accionar de los movimientos sociales. En términos generales, desde dicha óptica, se prioriza la aproximación a los movimientos sociales analizando el cómo se garantizan los recursos –organizativos, humanos, entre otros– para implementar la acción colectiva. Asimismo, se construye un modelo explicativo que incluye, por ejemplo, el análisis de Control de Recursos, Selección de Recursos y Contribución de Terceros. La movilización dependería de modificaciones en los recursos, organización y oportunidades. La Teoría de Movilización de

Recursos no es, por cierto, la única que surgió para elaborar modelos explicativos acerca de los movimientos sociales. Los enfoques relacionales, con su énfasis en los procesos políticos y en los repertorios de acción colectiva (Tilly, 2003; Gamson & Meyer, 1999; Voss y Abraham, 2000, McAdam, McCarthy & Zald, 1999) son algunos de éstos. Para Tilly (1992), las identidades políticas son siempre relacional y colectivas y, “éstas siempre incluyen la adopción de historias compartidas en lo concerniente a las fronteras de nosotros-ellos relatos acerca de cómo surgieron dichas fronteras y que es lo que separan” (Tilly, 2002:61)³. De acuerdo a esta línea argumental, una situación relacional de acción colectiva involucra a varios actores que se expresan en un repertorio de acciones. Estos son “pautas prevalecientes de derechos y justicia, las rutinas diarias de la población, la organización interna de la población, la experiencia acumulada con la acción colectiva, los patrones de represión” (Tilly, 1978:156). Son un conjunto de rutinas internalizadas y transmitidas culturalmente o, lo que es lo mismo: son creaciones culturales. Si bien su mirada es procesual, Tilly reitera la inexistencia de una conceptualización única o precisa de un movimiento social, aunque;

en términos generales, los analistas de movimientos sociales han terminado pensando que éstos dependen íntimamente de las redes sociales en las cuales los participantes ya están insertos; que las identidades desplegadas en contestaciones colectivas son contingentes, pero cruciales, que los movimientos operan dentro de marcos establecidos por una acumulación histórica de entendimientos compartidos, que la estructura de oportunidades políticas limita de manera significativa las historias de movimientos sociales individuales, sin embargo las luchas y resultados de los movimientos también transforman las estructuras de oportunidades políticas. (2002:79).⁴

La referencia crítica a la Teoría de Oportunidades Políticas no es menor, toda vez que ésta dominó, o co-dominó, para ser más precisos, los análisis movimentales, particularmente en Estados Unidos. La Estructura de Oportunidades Políticas alude a aquellas dimensiones de contexto, de índole esencialmente coyuntural, pero también de carácter más permanente, que –en su articulación– generan modificaciones en el cuadro político que, a su vez, incentivarían la acción colectiva o, más específicamente, el surgimiento de un movimiento social, puesto que este nuevo cúmulo de circunstancias allanaría el camino para la participación en la acción colectiva y

³ Traducción del autor.

⁴ Traducción del autor.

reduciría el costo de la misma. Es decir, se intenta explicar la emergencia de un movimiento mediante la observación y análisis de la interacción entre éste y la institucionalidad y, especialmente, en los cambios materializados en dicha institucionalidad o en las relaciones informales de poder (McAdam, McCarthy & Zald, 1999). Algunas de las dimensiones consideradas importantes por Tarrow serían:

la apertura de acceso a la participación de nuevos actores; las pruebas de nuevas alianzas políticas en el seno del gobierno; la aparición de aliados influyentes; la aparición de divisiones entre los dirigentes; y una disminución de la capacidad o la voluntad del Estado de reprimir la disidencia. (Tarrow, 2004:116).

Acorde a Martí i Puig (2007), los recursos externos pueden separarse en tres dimensiones analíticas: las de carácter sistémico, referidas a los niveles relativos de apertura del régimen político, por lo general resultado de cambios en las reglas que disminuyen el costo de la movilización política. Las de carácter temporal y espacial, que enfatizan la localización del movimiento en el ciclo vital de la contestación a nivel doméstico e internacional. Por último, las de carácter relacional, que se focalizan en la inestabilidad, en la posición de las elites frente a la acción colectiva, la capacidad de acceso a estas elites y la aparición de aliados (Martí i Puig, citado en Tricot, 2007).

La focalización sólo en tales elementos –en este paradigma contextualista– tiende a distorsionar o unilateralizar la lectura de la realidad y la comprensión de la acción colectiva. Se dan al menos tres otros componentes que pueden limitar el valor analítico de la Estructura de Oportunidades. Primero, se tiende a minimizar, subestimar o simplemente ignorar la propia capacidad del movimiento para generar la mencionada Estructura de Oportunidades Políticas. Segundo, ésta es estatocéntrica, es decir, “de la centralidad del Estado y sus instituciones como referencia fundamental para comprender las formas de acción colectiva de los movimientos y su historicidad...” (Iglesias, 2007:69) emerge la arquitectura de la Estructura de Oportunidades Políticas. Tercero, cuesta –se puede argumentar– discriminar entre una estructura, entendidas como una articulación de elementos claramente precisables y definibles, de meras “oportunidades políticas” (Ibídem:70). Además, el énfasis unilateral y reduccionista en la Estructura de Oportunidades Políticas no puede explicar por qué en un mismo contexto de cambios institucionales surgen algunos movimientos sociales y otros no; los intereses o reclamaciones de otros sectores sociales, por qué algunos realizan una lectura de la realidad que, eventualmente

transforman en discurso y en movilización. Para intentar responder a dichas interrogantes –puesto que se trata de determinar diferencias en expresiones movimientales a partir de lecturas descomplejizadas de la realidad– surgió el modelo explicativo de marcos interpretativos y procesos de enmarcamiento. Los marcos analíticos son matrices particulares destinadas a reducir la complejidad de la realidad para, conscientemente, leer a esta última y reproducirla en narraciones concretas que no sólo la presentan, sino que, por sobre todo, la representan. Los procesos de enmarcamiento, entonces, constituyen “esfuerzos estratégicos conscientes realizados por grupos de personas en orden a forjar formas compartidas de considerar el mundo y a sí mismas que legitimen y muevan a la acción” (McAdam, McCarthy & Zald, 1999:27). Son, en definitiva, “metáforas específicas, representaciones simbólicas e indicaciones cognitivas utilizadas para presentar conductas y eventos de forma evaluativa y para sugerir formas de acción alternativas” (Zald, 1999:371). Desde el punto de vista teórico, se trata de dilucidar e identificar los mecanismos, esquemas y parámetros utilizados por el movimiento, y particularmente –aunque no exclusivamente– su estamento dirigencial, para aprehender la realidad, expresarla políticamente, (re) construir identidad colectiva, organizarse y movilizarse. Lo anterior significa que;

la dimensión cultural adquiere relevancia en el estudio de la acción colectiva, en tanto los valores y significados en los que se articula la legitimidad de las normas sociales son cambiantes; de ahí el interés por los procesos de enmarcamiento donde los actores sociales definen sus marcos de interpretación con base en un conjunto de creencias y valores que definen el sentido de la acción colectiva, configurando paulatinamente repertorios modulares de contestación. (Delgado 2007:43).

Además, es necesario comprender cómo los movimientos reconstruyen marcos disponibles teniendo en cuenta al menos dos objetivos que se atribuye a los movimientos sociales: que el nuevo marco encauce su visión de los acontecimientos y su acción colectiva en una línea transformadora. Y que mantenga una capacidad de conexión, de utilización a su favor, de los marcos dominantes establecidos en la sociedad (Ibarra, 2005). En este contexto, una problemática a dilucidar lo constituye el proceso de alineamiento de marcos que, acorde a la teoría, es de utilidad para comprender la interrelación entre los niveles macro y micro de la acción colectiva, pues, se sostiene,

el alineamiento es el vínculo –e incluso la retroalimentación– entre los participantes en el movimiento y el discurso (entendido como visión de la realidad) de los grupos, dirigentes o intelectuales que tratan de movilizar a la gente. Si el alineamiento tiene éxito, los marcos llamarán a la acción colectiva. (Iglesias, 2007:64).

En otras palabras, la acción colectiva requeriría de una estrecha conexión entre un núcleo movilizador y los eventuales movilizados que viabilice los procesos de construcción de marcos. Estos no son procesos lineales ni definitivos y se producen en contextos de competencia, diversidad, diferencias y confrontación de significaciones. Además, la forma concreta que adopte el propio conflicto “habrá de determinar qué códigos culturales van a ser activados, qué características van a resaltarse y cuáles otras, aun cuando pudieran haber sido significativas, han perdido fuerza (Cruz, 1997:33). Asimismo, se debería considerar en el análisis la “combinación de fibras heredadas e inventadas para formar marcos de acción colectiva sintéticos en la confrontación con los oponentes” (Tarrow, 2004:171).

En cualquier caso, los principales exponentes de los mencionados enfoques, por luengos periodos enfrentados desde los otros de sus sectarismos académicos, han establecido puentes y admitido las limitaciones de los paradigmas agenciados por sus singulares teorías. La conclusión básica es que “la combinación de oportunidades políticas y estructuras de movilización dota a los grupos de un cierto potencial para la acción. Sin embargo, la unión de estos dos elementos resulta insuficiente para explicar el fenómeno de la acción colectiva” (McAdam, McCarthy & Zald, 1999:26). El elemento faltante, engarzador y mediador lo constituyen “los significados compartidos y conceptos por medio de los cuales la gente tiende a definir su situación” (Ibídem). Sea como fuere, los mencionados paradigmas, con su análisis parcelado y parcial, contribuyeron, paradójicamente, al surgimiento y desarrollo de aquellos enfoques que buscan comprender los denominados Nuevos Movimientos Sociales y que se concentran en aspectos ignorados o minimizados por las aproximaciones teóricas anteriores, de origen estadounidense, en general. No obstante sus diferencias y matices, fundamentalmente se busca dar cuenta de los procesos de construcción identitaria y de adscripción de sentido a la acción colectiva (Touraine, 1981; Melucci, 1980; Revilla, 1994). En este marco general, el

surgimiento de un movimiento social no responde a una situación de emergencia ocasional, no es ni marginal (con respecto a instituciones) ni residual (con respecto al orden). Se

constituye como realidad permanente y estable en el funcionamiento del sistema, con un espacio específico para su acción. (Melucci, citado en Revilla, 1994:196-197).

Lo anterior estaría vinculado directamente con lo que constituiría el desplazamiento de la contradicción societal principal –entre capital y trabajo– hacia el conocimiento y su apropiación. Es decir, se verificaría también un descentramiento del eje conflictual desde lo económico a lo cultural, lo cual conlleva la idea de un cambio de contenido en demandas e interpelaciones generadas en un contexto de lo que configurarían valores post-materialistas. En una línea argumental similar, para intentar comprender la estructura de valores a un nivel transocietal, su dinámica en el tiempo y sus cambios cuantitativos y cualitativos, Inglehart (1997), se sitúa en el proceso modernizador y, también, postmodernizador. Lo hace desde una postura crítica, rechazando los determinismos, económico en el caso de Marx, y culturalista en el caso de Weber, pero asumiendo dicha forma de teorización como importante para explicar la relación entre distintas variables económicas, políticas y culturales que va más allá de una mera asociación aleatoria. Aquello permitiría acometer un ejercicio de predicción en la esfera del cambio socioeconómico y, particularmente, en el ámbito de la transformación de los valores, es decir, establecer algunas tendencias centrales en el contexto global de lo que se denomina postmodernización. En este contexto, la acción humana constituye un elemento de incertidumbre y, por lo mismo, de atención. Además, el cambio no es lineal, ni mecánico ni automático ni uniforme para todas las sociedades, irrespectivamente de que todas se hallen en el mismo “momento” de su proceso modernizador. El cambio no conduce de un punto a otro de manera inevitable y siempre en la misma dirección. Por el contrario, al llegar a cierto umbral, el cambio experimenta un giro en su devenir y esto explicaría que durante las últimas dos décadas las sociedades avanzadas han traspasado un punto de inflexión y han pasado de la fase de la modernización a la fase de la postmodernización (Ibíd.). Y en el proceso de desarrollo de este punto de inflexión, la cultura ha desempeñado un rol crucial. A la cultura se la conceptualiza como el aspecto subjetivo de las instituciones de una sociedad; las creencias los valores, el conocimiento, las habilidades, que han interiorizado las personas de una sociedad dada que complementan sus sistemas externos de coerción e intercambio. (Ibídem). Si bien se habla del giro cultural postmoderno y se argumenta que la racionalidad instrumental comienza a dar paso a la racionalidad de los valores, ¿No sería posible contra-argumentar que la racionalidad valórica pareciera ser también instrumental en el sentido que busca agenciar una mejor calidad de vida?

Más controvertida, quizás, es la afirmación de Inglehart (Ibídem) cuando señala que en la medida que se produce el desarrollo económico la influencia de las masas en el proceso político es cada vez más amplia y eficaz. Si esto fuera así, no se explicaría el desorden social del orden social; ni la acción colectiva interpelando a los sistemas representativos, porque no se sienten representados; no se explicaría el porqué emergen movimientos sociales que cuestionan precisamente el hecho que las masas no participan ni se les escucha en lo concerniente al proceso de toma de decisiones. O, dicho de otra manera, no sólo no se ha ampliado la influencia de las masas, sino que se ha reducido el ámbito de su acción. Por lo mismo, la cupularización de la política trae consigo su propia paradoja con el surgimiento de movimientos sociales que constituyen, en definitiva, un movimiento societal, toda vez que, en las actuales condiciones de un capitalismo en crisis, se remecen las frágiles certidumbres que se nos habían impuesto en un mundo unipolar. La incertidumbre, asociada al modelo neoliberal, se ha manifestado en desempleo, concentración de la riqueza, hambre, precarización laboral, devastación ecológica, guerras e intervenciones militares, entre otras consecuencias. Pero ahora se ha revertido el proceso de insegurización y éste se ha transferido al modelo mismo, aunque con una diferencia fundamental: el modelo excluyó sistemáticamente al Otro desde la superioridad del poder. Sin embargo, la otredad se vistió de paciencia, de organización, de conciencia y de acción colectiva, sólo desde los márgenes, desde el poder alternativo que, generalmente, tiene mucho menor peso específico que el poder económico y militar de las clases dominantes. Es posible argüir entonces que la deslegitimación de la política y los partidos abrió un espacio para que “la calle” –esa metáfora tan amenazante para las democracias liberales– adquiera un renovado y acrecentado protagonismo en la mayoría de los países (Borón, Op. Cit.:296). “La calle” siempre se ha manifestado, siempre ha estado presente, aunque la mayoría de la veces, quizás, de modo latente. Incluso, antes de la actual crisis en los denominados países desarrollados, particularmente en el periodo rector en Europa, algunos teóricos expresaban su convicción de que se habían superado las diferencias de clase y la conceptualización axiomática de un sujeto histórico predeterminado, como lo habría sido la clase obrera. Y, por lo mismo, había que agenciar un desplazamiento analítico fundacional para dar cuenta de Nuevos Movimientos Sociales que, también en “la calle”, se organizaban en torno a otras problemáticas. Los paradigmas de los Nuevos Movimientos Sociales buscaban entender y explicar aquellas manifestaciones

movimentales⁵, pero han sido criticados por su marcado individualismo metodológico, puesto que representaría la afirmación de la subjetividad frente a la ciudadanía. La emancipación por la que luchan no sería política, sino ante todo personal, social y cultural (De Sousa, 2001).

Asimismo, se ha criticado la categorización de nuevos y antiguos movimientos sociales, puesto que tendería a inmovilizar el proceso histórico y crear elementos y conjuntos sociales que no tienen ningún anclaje en la historia. En otras palabras;

ante desviaciones del equilibrio, lo subjetivo reacciona, protesta y se organiza, poniendo algunas corrientes teóricas el acento en la reconstrucción colectiva de la identidad, y otras en la acción colectiva que permita restablecer el equilibrio. Así, acción colectiva movimiento social, identidad y racionalidad estratégica son las claves explicativas (Galafassi, 2006:15).

Es decir, la necesidad de restablecer las funciones estructurales para restablecer el equilibrio del sistema social y evitar expresiones anómicas. Lo anterior constituyen claves de explicación de fenómenos que nada tendrían de novedoso, toda vez que los movimientos sociales son, al mismo tiempo, forjadores y producto de la modernidad (Ibarra, 2005) y expresión de las cambiantes condiciones, estructuras y procesos de la modernidad (Galafassi, 2006). En todo caso, los teóricos de los nuevos movimientos sociales sostienen que;

los individuos que actúan colectivamente “construyen” su acción mediante inversiones “organizadas”: esto es, definen en términos cognoscitivos el campo de posibilidades y límites que perciben, mientras que, al mismo tiempo, activan sus relaciones como forma de dotar de sentido a su “estar juntos” y a los objetivos que persiguen (Melucci, 1994:157).

Por consiguiente, los actores producen la acción colectiva con su capacidad de definirse a sí mismos y esta “definición alternativa de sentido que se produce en el Movimiento Social, produce integración simbólica, se articulan significados alternativos que se traducen en la reapropiación del sentido de la acción individual y colectiva” (Revilla, 1994:196). Desde esta perspectiva, se arguye que “el Movimiento Social surge como proceso de (re)constitución de una identidad colectiva en una situación vivida individualmente, de disonancia o incertidumbre en la relación entre preferencias y expectativas” (Ibídem:198). Por lo tanto, la labor principal de un movimiento es dotar de sentido a la acción individual y colectiva (Ibídem), pero –además– para que el mencionado proceso (re) constructor de identidad colectiva devenga en acción colectiva el

⁵ Para una tipología convencional de los movimientos sociales ver Ibarra, 2005.

actor, inserto en una situación de oportunidades políticas, debe poseer la capacidad de percibir e integrar los elementos coyunturales en “un sistema interactivo y negociado de orientaciones que conciernen a los fines, medios y ambiente de la acción” (Melucci, Op. Cit.:159). Y esta triada –se argumenta– tiene como horizonte desplazarse y autodefinirse en un sendero distinto a los movimientos sociales originarios, los cuales se habrían transformados, desde la teoría, en sujetos históricos predeterminados. Más bien, los nuevos movimientos,

tienen pluralismo y eclecticismo de ideas y valores, sustituyen las reivindicaciones socioeconómicas tradicionales por sentimientos de pertenencia a grupos diferenciados, valores, símbolos, y creencias a menudo relacionadas con la vida cotidiana, la autoafirmación social y psicológica (Cadarsó, 2001; citado en Tuaza, 2010:174).

Es decir, estarían, en términos habermasianos, más vinculados al Mundo de la Vida que al Sistema Social. El primero de los dos conceptos remite al punto vista de los sujetos que actúan sobre la sociedad, su subjetividad y cotidianidad. Asimismo, se configura la concatenación de los componentes cultura, sociedad y personalidad. El Sistema, por su parte, constituye un observador externo que tiende a colonizar al Mundo de la Vida (Habermas, 1999) y, quizás por lo mismo, ese Mundo y “en las condiciones socioculturales que subyacen a ese modo de vida tal vez se refleja la racionalidad de un Mundo de la Vida compartido no sólo por particulares, sino por colectivos” (Ibídem:70). En cualquier caso, los movimientos sociales actuales parecieran expresarse más bien en una acción colectiva espacial con fronteras delimitadas en áreas específicas y, también, con objetivos acotados o localizados, más que dirigir su acción a transformaciones de tipo estructural. Sin embargo, otros autores señalan que un movimiento social poseería un carácter anti-sistémico o, al menos, un potencial anti-sistémico (Ibarra, 2005), además, se podría puntualizar que un movimiento es un constructo social y, simultáneamente, un constructor de realidad, lo que equivale a decir que –aunque no lo planteen los autores del paradigma de los Nuevos Movimientos Sociales– “la vida social es, en esencia, práctica. Todos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica” (Marx, 1980:7). Y, ¿cómo se manifiesta esta práctica, epistemológica y sociológicamente, en América Latina?, ¿Cómo se expresa la mencionada solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica en los movimientos sociales en nuestro continente? ¿Cómo enfrentan y confrontan sus agravios y a los responsables de los mismo?

Epistemología del Sur y Movimientos Sociales en Nuestra América

La respuesta a tales interrogantes puede hallarse en una nueva forma de aproximación al conocimiento que busca descolonizar al pensamiento y prácticas intelectuales latinoamericanas de la episteme occidental. Para Foucault existe un a priori histórico que fundamenta al conocimiento y sus discursos y, por ende, constituye la condición de posibilidad de una época específica, es decir, “en una cultura y en un momento dados, sólo hay siempre una episteme, que define las condiciones de posibilidad de todo saber, sea que se manifieste en una teoría o que quede silenciosamente investida en una práctica” (Foucault, 1968:166). Lo anteriormente señalado significa que se han sucedido al menos tres tipos de episteme en el mundo occidental: Renacentista, Clásica y Moderna y que éstas son espacios de dispersión, “un campo abierto y sin duda indefinidamente descriptible” (Foucault, 1967, citado en Moro, 2003:29). En todo caso, no parece haber aquí espacio para una epistemología y episteme distintas y, por lo mismo –para vehicular procesos descolonizadores– se hace imperativo elaborar una arquitectura conceptual enraizada en otras capas subterráneas o sustentadas en territorios de los confines del mundo: Una epistemología del Sur entendida como un conjunto de conocimientos y de criterios de validez de los mismos y que “otorguen credibilidad y visibilidad a las prácticas cognitivas de las clases, de los pueblos y de los grupos sociales que han sido históricamente victimizados, explotados y oprimidos por el colonialismo y capitalismo globales” (De Sousa, 2009). Por lo mismo, la descolonización debe cuestionar;

el prestigio epistemológico que la ciencia moderna se concede a sí misma”... es concomitante “con la destrucción de todos los conocimientos alternativos que podrían venir a enjuiciar ese privilegio, en otras palabras, el privilegio epistemológico de la ciencia moderna es producto de un epistemicidio” (Ibidem:81).

Debe cuestionar, la noción de que existe una epistemología general y, al mismo tiempo, postular la idea de la diversidad y pluralidad epistemológicas, porque co-existen diferentes formas de saber. En este sentido, “la ecología de los saberes es básicamente una contra-epistemología... (que) está constituida por sujetos desestabilizadores, individuales o colectivos y es, al mismo, constitutiva de ellos. Esto es, una subjetividad dotada con una especial capacidad, energía y voluntad para actuar con clinamen” (Ibidem:194). Esto último no remite a una causal divina, sino que al libre albedrío y, en consecuencia, a la capacidad de acción y de cambio. O, en

palabras de De Sousa (Ibídem:91) al descentramiento de la indiferencia mediante una acción rebelde. Y Nuestra América, en su concepción Martiana, ha dado amplio testimonio de su rebeldía a través de las luchas de los pueblos originarios, independentistas, revolucionarias y movimentales. No obstante, De Sousa pone en duda la capacidad de Nuestra América “para continuar simbolizando la voluntad utopista de emancipación y globalización contra-hegemónica, que se basa en la mutua relación de equidad y diferencia” (Ibídem:255). Salvo que se desterritorialice para transformarse “en la metáfora de la lucha que emprenden las víctimas de la globalización hegemónica por todas partes, sea el Norte, el Sur, Oriente u Occidente” (Ibídem).

Sin embargo, una de las características de los nuevos movimientos sociales⁶ en América Latina es precisamente su territorialización, aunque ello no excluye, por cierto, un tipo de acción colectiva que trascienda fronteras, como lo son, por ejemplo, el Foro de Sao Paulo, Vía Campesina y una miríada de Coordinaciones Indígenas, entre otros. Más bien se refiere al repliegue de muchas organizaciones y movimientos a territorios particulares o de origen, constituyendo a los mismos en espacios prioritarios para su acción colectiva. Dicho fenómeno es multicausal, no obstante, es posible discernir algunos elementos claves: la inserción de los Estados neoliberales en la transnacionalizada economía de mercado, no sólo ha devenido en la claudicación de su rol como garante de la soberanía nacional, sino que también de su rol como forjador original y fuente primaria de la identidad nacional. Por otra parte, el proceso globalizadores “a la vez, extremadamente incluyente y extremadamente excluyente. Incluyente de todo lo que tiene valor según los códigos dominantes en los flujos y excluyente de todo aquello que, según dichos códigos, no tiene valor o dejar de tenerlo” (Castells, 2003:9), Entonces los excluidos se organizan para movilizarse y estremecer las relaciones dominantes de poder con aquella acción rebelde que fractura, o acaso destruye, la indiferencia. Todo lo anterior nos remite a los profundos cambios societales verificados en América Latina con el surgimiento de las dictaduras y los modelos económicos, políticos, ideológicos, culturales y sociales impuestos por los militares en procesos de refundación del Estado mediante la violencia. El terrorismo de Estado intentó asegurar el control social y desarticular toda y cualesquiera expresiones de resistencia, sin embargo, es precisamente la amplitud de la violencia ejercida y de los sectores sociales afectados, lo que impulsó a la organización, toma de conciencia y, eventualmente a la acción colectiva. El disciplinamiento social generó su propia paradoja movimental e hizo visible

⁶ No se refiere a los denominados nuevos movimientos sociales surgidos en Europa en el periodo de post-guerra.

lo que las dictaduras coercitivamente trataban de invisibilizar. Del mismo modo que De Sousa busca hacer visible lo invisible, pensable lo impensable, presente lo ausente, los movimientos anti-dictatoriales lograron revisibilizarse. Y cuando las democracias post-dictatoriales prosiguieron implementando y consolidando modelos neoliberales excluyentes y discriminadores, la calle se organizó o re-organizó para confrontar un nuevo agravio. Así surgieron, entre muchos, el Movimiento de los Sin Tierra, de Pobladores Sin Casa, los piqueteros, los zapatistas, los indígenas en Bolivia, los mapuches en Chile, los desempleados, las protestas sociales en Perú, las movilizaciones contra la privatización del Agua en Bolivia. Critican a las democracias representativas que a pocos representan y que ha devenido en un sistemático vaciamiento de las mismas, porque intentaron disciplinar a los pueblos e imponer el ejercicio de la ciudadanía mediante el consumo. Sin embargo, el manto sombrío de aquellos esfuerzos resultaron infructuosos, aunque, sin duda, una parte significativa de sectores sociales diversos se sumaron, probablemente de manera inconsciente, a la lógica neoliberal. No son movimientos puramente sociales, se argumenta, más bien “estamos hablando de movimientos simultáneamente sociales, políticos, económicos y culturales” (Espeche, 2003:11), además, “alcanzan una dimensión política y económica portadora de un nuevo orden social y un nuevo orden democrático” (Ibídem). En otras palabras, son movimientos multifacéticos, multipolares, transversales y heterogéneos que, mediante la acción colectiva movimental, trazan como objetivo múltiples objetivos. Para otros analistas;

la insurgencia de las clases subalternas adoleció de un talón de Aquiles fatal, resultante de la convergencia de tres fenómenos fuertemente interrelacionados: a) la fragilidad organizativa; b) la inmadurez de la conciencia política; y c) el predominio absoluto del espontaneísmo comomodo normal de intervención política (Borón, Op. Cit.:299).

Es decir, la lucha antidictatorial parece no haber generado movimientos políticos que agenciaran un proyecto de liberación en el contexto de procesos transicionales que, en lo medular, preservaron los principales componentes económicos y políticos, al menos en términos de represión a los movimientos sociales. Pero Borón, además, formula otras interrogantes, pues requiere entender el;

¿cómo lograr que los movimientos desarrollen ese tipo de conciencia que les permita superar los límites de la inmediatez espontaneísta? No está de más repetir nuevamente que

en ausencia de una teoría emancipatoria (o, si se prefiere, revolucionaria) difícilmente habrá prácticas de masas que sean emancipatorias o revolucionarias” (Ibidem:300).

No obstante, parece aventurado plantear que, por un lado, ningún movimiento en América Latina ha logrado transformarse en actor de cambios estructurales. El más prístino ejemplo lo constituye Bolivia, por cierto. Por otro lado, los actuales movimientos sociales, si bien buscan cambios sociales profundos, no necesariamente asocian su accionar a cambios estructurales totalizantes u omniabarcadores, como lo sería un cambio societal a través de la toma del poder. Ello no excluye la posibilidad de un cambio societal, sino que pareciera que no necesariamente constituye el objetivo principal. Más bien se caracterizan por objetivos concretos en esferas concretas, se organizan no sólo contra “el” sistema, sino más bien contra una conjunción de sistemas. Quizás este sea el modo de lucha del siglo XXI que han encontrado los pueblos de Nuestra América para expresar su ira antes un sistema capitalista que, en medio de su crisis –que probablemente no sea terminal aún– busca traspasar los costos de su propia práctica a los sectores más vulnerables. Y entre los sectores más vulnerables se encuentran los pueblos indígenas, pero esa vulnerabilidad se ha organizado y transformado en una serie de movimientos que, en su pluralidad, se han constituido como sujeto político y, acaso, como uno de tantos sujetos históricos de nuestro tiempo. Lo han hecho desde la tierra, el territorio, la cultura, la identidad, la memoria colectiva y desde saberes antiguos los cuales, más que una Epistemología del Sur, podría denominarse como una Epistemología ancestral.

¿Necesitan los Movimientos Sociales de una Teoría de los Movimientos Sociales?

La descripción y análisis crítico de algunas de las principales Teorías de los Movimientos Sociales y los intentos por encontrar respuestas a las expresiones movimentales en términos de su surgimiento, desarrollo, organización, demandas y, por supuesto, accionar, nos plantea más interrogantes que respuestas. O, dicho de otra manera, tal vez nos cambiaron las preguntas, porque anteriormente el sujeto predeterminado del cambio social era la clase obrera y, por lo tanto, se simplificaba el análisis y lo reducía a la utilización de un conjunto limitado de conceptos que se constituían en un metarrelato que crecientemente se confrontaba con una realidad que experimentaba un proceso de complejización y creciente diferenciación funcional, y que parecía no reflejar los modos de aprehender los fenómenos sociales. Ello no opta para señalar que dichas teorías eran certeras en su apreciación del carácter excluyente, opresivo y discriminador del

capitalismo. La crítica a éstas más bien apunta, uno podría argumentar, a la conceptualización predeterminada de un sujeto histórico que, en muchas partes, no logró materializarse como tal. Por lo mismo, surgieron otras teorías, más limitadas en su objeto de estudio, que trataban de comprender a los Movimientos Sociales. Todas aportaron algunos elementos y herramientas analíticas susceptibles de ser utilizadas en la aproximación al fenómeno de la acción colectiva en su expresión movimental. Aunque, quizás, habría que situarse teóricamente es un horizonte más amplio y profundo para continuar explorando la arquitectura de la Epistemología del Sur o, tal vez, de una Epistemología Ancestral. En el intertanto, es dable sostener que la Teoría es necesaria para comprender a los Movimientos Sociales, pero los Movimientos Sociales parecen no necesitar a las Teorías para seguir luchando e interpelando a un sistema que ha cerrado los espacios de participación a las mayorías y que no los representan.

Referencias Bibliográficas

- Borón, A. (2006) Crisis de las democracias y movimientos sociales en América Latina: notas para una discusión. *OSAL, Observatorio Social de América Latina, VII (20)*. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires.
- Castells, M. (2003). Estado, sociedad y cultura en la globalización de América Latina, con referencia a la especificidad chilena. *Foro de Altos Estudios Sociales*, Valparaíso.
- Cruz, R. (1997). La cultura regresa al primer plano. En M. Pérez, & R. Cruz (coord.), *Cultura y movilización en la España contemporánea* (págs. 13-34). Madrid: Alianza Editorial.
- Davies, J. (1962). Toward a Theory of Revolution. *American Sociological Review*, 27 (1), 5-19. doi: 10.2307/2089714
- Delgado, R. (2007). Los marcos de acción colectiva y sus implicaciones culturales en la construcción de ciudadanía. *Universitas humanística* (64), 41-66.
- De Sousa, B. (2001). Los nuevos movimientos sociales. *OSAL, Observatorio Social de América Latina* (5), 177-188.
- De Sousa, B. (2009). *Epistemología del Sur: La reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: Siglo XXI-CLACSO.

- Dollard, J., Miller, N., Doob, L., Mowrer, O. & Sears, R. (1939). *Frustration and aggression*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Espeche, C. (2003). Los nuevos sujetos de la protesta social y sus reivindicaciones. Las demandas de participación popular frente al desafío de una profundización de la democracia en América Latina. En *Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe*. Buenos Aires: CLACSO.
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Galafassi, G. (2006). Cuando el árbol no deja ver el bosque. Neofuncionalismo y posmodernidad en los estudios sobre movimientos sociales. *Revista Theomai* (14).
- Gamson, W., & Meyer, D. (1999). Marcos interpretativos de la oportunidad política. En D. McAdam, J. McCarthy, & M. Zald (coord.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas* (págs. 389-412). Madrid: Ediciones Istmo.
- Gurr, T. (1970) *Why men rebel*. Princeton: Princeton University Press.
- Habermas, J. (1999). *Teoría de la Acción Comunicativa*, Tomo I. Madrid: Taurus.
- Ibarra, P. (2005). *Manual de Sociedad Civil y Movimientos Sociales*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Iglesias, P. (2007). Enfoque teóricos sobre la acción colectiva: alcance y límites para el estudio de los movimientos globales. *Ágora - Revista de Ciencias Sociales*, 17 (1), 41-81.
- Inglehart, R. (1997). *Modernización y Postmodernización: el cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Laraña, E., Gusfield, J. (edits.) (1994). *Los Nuevos Movimientos Sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Mancero, M., & Polo, R. (coomp.) (2010). *Ciencia, política y poder. Debates contemporáneos desde Ecuador*. Quito: FLACSO.
- Martí i Puig, S. (ed.) (2007). *Pueblos indígenas y política en América Latina: el reconocimiento de sus derechos y el impacto de sus demandas a inicios del Siglo XXI*. Barcelona: Fundació CIDOB.

- Marx, C., & Engels, F. (1980). Tesis sobre Feuerbach. En *Obras Escogidas, Tomo I*. Moscú: Editorial Progreso.
- Marx, C. (1989). *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. Moscú: Editorial Progreso.
- McAdam, D., McCarthy, J., & Zald, M. (coord.) (1999). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Ediciones Istmo.
- Melucci, A. (1980). The new social movements: a theoretical approach. *Social Science Information*, 19 (2), 199-226. doi: 10.1177/053901848001900201
- Melucci, A. (1994). Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales. *Zona Abierta*, (69), 153-180.
- Moro, O. (2003). Michel Foucault: de la épistémè al dispositivo. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 41 (104), 27-38.
- Olson, M. (1965). *The logic of collective action*. Cambridge: Harvard University Press.
- Pérez Ledesma, M. (1994). "Cuando lleguen los días de la cólera" (Movimientos sociales, teoría e historia). *Zona abierta*, (69), 51-120.
- Revilla, M. (1994). El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido. *Zona Abierta*, 69, 181-213.
- Santamarina, B. (2008). Movimientos sociales: una revisión teórica y nuevas aproximaciones. *Boletín de Antropología*, 22 (39), 112-131. Recuperado de: <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/boletin/article/viewFile/6702/6136>
- Smelser, N. (1995). *Teoría del comportamiento colectivo*. México D. F.: Fondo de la Cultura Económica.
- Tarrow, S. (2004). *El Poder en movimiento: Los Movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Editorial Alianza.
- Tilly, C. (1978). *From Mobilization to Revolution*. Massachusetts: Addison-Wesley Reading.
- Tilly, C. (1992). *The Contentious French*. Cambridge, Mass: Harvard University.
- Tilly, C. (2002). *Stories, Identities and Political Change*. EEUU: Rowman & Littlefield Publishers.

- Tilly, C. (2003). Repertorios de acción contestataria en Gran Bretaña. En M. Traugott (comp.), *Protesta social. Repertorios y ciclos de la acción colectiva*. Barcelona: Hacer.
- Touraine, A. (1981). *The Voice and the Eye: An Analysis of Social Movements*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tricot, T. (2007). El movimiento mapuche: una aproximación general a través de los diversos enfoques de la teoría de la acción colectiva. [Tesis de Magíster, Universidad de Salamanca]. España.
- Tuaza, L. (2010). Las principales teorías sobre los movimientos sociales y su aproximación al estudio de los movimientos indígenas en América Latina y en el Ecuador. En M. Mancero, Mónica & R. Polo (Comps.), *Ciencia, política y poder. Debates contemporáneos desde Ecuador* (págs. 161-194). Quito: FLACSO.
- Voss, T. & Abraham, M. (2000). Rational choice theory in sociology: A survey. En S. Quah & A. Sales (Eds.), *The international handbook of sociology* (págs. 50-84). Londres: SAGE Publications Ltd. doi: 10.4135/9781848608405.n3
- Zald, M. (1999). Cultura, ideología y creación de marcos estratégicos. En D. McAdam, J. McCarthy & M. Zald (coords.), *Movimientos Sociales, perspectivas comparadas* (págs. 369-388). Madrid: Ediciones Istmo.